

Cayetano Cantú, Constantino Cavafis y la religión de la poesía

Constantino Cavafis

Poesía

UNAM—Coordinación de Difusión Cultural, México, 2001

Vicente Quirarte ✓

El poeta debe ser la mala conciencia de su tiempo. La poesía es una religión fuera de la religión. Ambas afirmaciones, hechas por Saint John Perse y George Perros, respectivamente, se han convertido en patrimonio común de la tarea encomendada al recolector de las mejores palabras de la tribu. Refulgen con nueva intensidad cuando se aplican a la figura y a la obra de un poeta en quien se mezclan la sagrada herejía, la amorosa rebelión, la absoluta certeza de apostar a la duración inmanente de los dioses cuando se vive en el tiempo esclavizante de los hombres. Tal es el caso de Constantino Cavafis, nuestro contemporáneo, poeta que vivió, escribió y amó desde el siglo XIX hasta el XX, tiempo de desastres y epifanías que ya es para nosotros el pasado. El testimonio de su paso por la tierra se halla en los poemas que Cayetano Cantú trasladó, mejor que nadie, a nuestra lengua. Con fidelidad al ritmo y exigente emoción de su trabajo, logró transmitirnos la sabiduría de Grecia, concentrada en uno de sus poetas cardinales.

Hace unos diez años, en un encuentro de escritores en Monterrey, en el aeropuerto me presentaron a quien sería mi compañero de vehículo hasta la sede del encuentro. Me dijo su nombre: Cayetano Cantú. No sé si en ese instante le agradecí todo lo que había hecho por mí. No lo conocía sino lo reconocía. Aquel hombre de voz profunda, modales de príncipe en exilio y figura de sir Laurence Olivier en los tiempos del *Espartaco* de Stanley Kubrick, era el responsable de las intensas emociones que me había despertado la lectura, gracias a su talento, de Constantino Cavafis. Estoy seguro de no hablar en primera persona al afirmar que a Cayetano Cantú debo haber hecho de aquél un poeta memora-

ble. Utilizo este último adjetivo en su sentido más puro. Cuando un par de líneas de un poeta quedan marcadas a fuego en la memoria, el texto ya es patrimonio colectivo e imprescindible. Tal es el inmediato mérito de la traducciones de Cayetano Cantú: hacernos sentir que a quien leemos no es una persona remota, sino el poeta que *dice de otro modo lo mismo*; no el hombre inspirado sino el que inspira; no el que ve sino el vidente. El que hace del encuentro entre dos seres sedientos de pasión en una calle perdida de una ciudad cualquiera, un himno al deseo y a la permanencia de la vida.

Afirmaba León Felipe que los poetas no tienen biografía sino tienen destino. Los *Poemas* de Cavafis, traducidos

por Cantú, constituyen una suerte de biografía del poeta, en la medida en que el material se encuentra agrupado de manera cronológica. De tal manera, es posible percibir la evolución del poeta, desde el desencantado visionario de fines del siglo XIX hasta el vigoroso cantor de la pasión física en medio del desastre del mundo de entreguerras. Desde un principio, Cavafis supo establecer los temas de su poesía: el mito, la historia y esa particular forma del presente perfecto que se llama Grecia. Los poemas de Cavafis parecen esculpidos con la naturalidad y la perfección con la que contemplamos la escultura que llamamos clásica. Cavafis es un verdadero clásico porque en sus construcciones, vertidas con sabiduría por Cayetano Cantú, tiene la sabiduría natural de los poemas de la antología griega y aciertan en nuestros puntos más sensibles.

Niño perdido de Alejandría, Cavafis se convirtió, acaso sin pretenderlo, en el poeta de la ciudad, del mismo modo en que lo fueron Franz Kafka con Praga, Fernando Pessoa con Lisboa, James Joyce con Dublín. En Grecia el mar está en todas partes. Se mete por los poros del alma, por las pupilas de la piel; invade y moja los poemas de Giorgos Seféris y Odysseus Elitis; trae cuerpos y hazañas del pasado o inaugura el gozo efímero del presente. Para Cavafis, el mar es anulado por la ciudad moderna. Sus poemas más intensos, aquellos que lo han hecho más representativo como el poeta de Alejandría, se desarrollan en una ciudad idealizada y concretamente sucia, divina y profana, como la describió Lawrence Durrell y como la recorrió, incansable y ávido, Cayetano Cantú.

En el breve e intenso paréntesis entre las dos grandes guerras, Cavafis consagra la victoria del cuerpo y se atreve a tomar el cielo por asalto mediante los encuentros furtivos, el lenguaje inmediato e irrefrenable del deseo, la

consagración de la profanación en el hotel inmundo, parcela del paraíso, huerto cerrado. El Cavafis erótico, el valiente poeta de la sensualidad y del amor que no se atreve a decir su nombre es contemporáneo de otros poetas que redescubrieron en la ciudad el paraíso furtivo del deseo: el Xavier Villaurrutia del "Nocturno de los ángeles", el Federico García Lorca de la Oda a Walt Whitman; el Sandro Penna de los encuentros callejeros, el Luis Cernuda de *Los placeres prohibidos*. "Perfil de los mexicanos de la ciudad de México al cambio del milenio", cita como epígrafe un par de versos de ese libro valeroso y desgarrado, elocuentemente titulado *Los placeres prohibidos*.

Los días del último año del siglo XX en que comenzó a circular el libro de Cavafis, Elvira Gascón dejó de estar entre nosotros. Sus dibujos, de trazo seguro, sabio y calculado, acompañaron los trabajos y los días de numerosos escritores. Cayetano Cantú gozó del doble privilegio de su amistad y sus dibujos, la mayor parte de los que forman la presente muestra pertenecen a su colección. Elvira Gascón nunca fue una ilustradora sino una intérprete. En pocos casos como en el de Cayetano Cantú, hubo complicidad mejor armada. El espectador de los dibujos de Elvira Gascón puede apreciar la firmeza y la seguridad con que está resuelta la grupa de un caballo o la tensa arquitectura de una espalda humana. Cayetano Cantú partió de entre nosotros el pasado 4 de febrero. Sus cenizas fueron depositadas en la iglesia de San Antonio de las Huertas, donde se encuentran los murales de Elvira Gascón para los cuales posó Cayetano Cantú. Del gran artista exigimos que nos brinde la obra maestra y tenga el valor de ocultar sus herramientas, su sudor y su sangre. Aún en otro reino, Cayetano Cantú consuma esa suprema galantería. ☞

al pie de la letra